Los “desde dónde” y “para qué” de este libro

[...] el problema más importante es saber cómo la conquista de momentos de igualdad en el mundo de la desigualdad se articula con la perspectiva de *un nuevo mundo de igualdad*.

[...] la emancipación es una manera de vivir como iguales en el mundo de la desigualdad.

Jacques Rancière (cit. en Fernández-Savater 2014)

No siempre y no todos encontramos –o podemos encontrar– dentro de los ritmos y compulsiones de la vida académica, ocasiones como las que han dado origen a este libro. Me refiero a la posibilidad de tomarnos/tener tiempo y de darnos/tener permiso de leer y escribir ensayando otros registros y formas de escritura, distintos a los que envuelven y arrollan el sistema de publicación académica en ciencias sociales. En este caso, retomaré temas sobre los que vengo pensando desde hace mucho, pero dando cabida a escenarios mucho más amplios y de los que sé mucho menos. Al hablar libremente desde ciertas incomodidades, compartiendo no sólo lo que quiero decir, sino también la manera en que quiero decirlo, procuro seguir incomodando/me/nos, pero en nuevas direcciones. Incomodar/me tanto de lo que sé un poco más –las acciones de protesta y reclamo del pueblo mapuche-tewelche de la Patagonia y de Argentina en particular– como de lo que aún no termino de colegir, pero intuyo tan conexo como desafiante, respecto de lo que mantengo como preocupación sostenida a lo largo de los años hallar maneras de convivir equitativamente en y contra un mundo de desigualdades múltiples.

Por la propia dinámica de las acciones y escenarios de las luchas indígenas en América Latina, nunca se agota ni mi capacidad de asombro ni la cantidad de cosas que necesito repensar, a pesar de los años transcurridos y de tantas evaluaciones parciales sobre ese transcurrir. Emprendo por tanto aquí un nuevo balance de las tensiones entre demandas indígenas y políticas de reconocimiento, porque varias cosas han pasado en mi país y sobre todo en el mundo, que hacen incompletos mis últimos balances (Briones 2015, s.f. a y b). Busco así incorporar aconteceres recientes que presiento están indicando cambios sustantivos en los ordenamientos hegemónicos del sistema-mundo y en nuestras preocupaciones, en direcciones todavía demasiado inciertas no sólo a nivel continental, sino también global.

Hacer públicos pensares sobre lo que no se ha analizado sistemáticamente incomoda y es riesgoso, pero no es el tipo de incomodidades a las que me interesa exponerme de modo cabal. Entre éstas destacaría dos. Primero, la de buscar enrolarme al menos parcialmente en esa corriente difusa que llamamos “pensamiento social latinoamericano”, pero buscando sortear lo que por momentos percibo como modos afectados de hablar desde la herida colonial, una especie de nostalgia que no siempre incorpora críticamente el análisis de sus propios yerros o revisa sus errores de diagnóstico y de práctica. Segundo, tratar de no desatender las problemáticas complejas de la época que transitamos desde revisiones inevitablemente parciales también, pero buscando que las lecturas y preocupaciones amplias no acaben otra vez disolviendo del sur global experiencias concretas de vida en un sur geográfico específico, desde localidades que, por pequeñas, a veces resultan irrelevantes para los panoramas amplios, sin embargo son las que recrean en su día a día los contrastes más dolorosos, entusiasmantes, descarnados y a la vez claramente encarnados, de disputas en pro de lograr convivencias más justas y plurales.

Por cierto, todo esto también implica bastantes riesgos, aunque de otro orden. Uno de ellos es ser seducida o quedar apresada por el uso común de expresiones que –como sostiene Wood (2017) respecto del concepto de “descolonización epistémica”– son de usos extendidos, sin terminar de explicitar la variedad de posiciones, valores, colocaciones y

estrategias que se encolumnan tras su enunciación y que apuntan a obtener diferentes resultados, por lo que esas expresiones funcionan más como jerga que bautiza que como principio hermenéutico. Otro riesgo que deriva de incorporar problemáticas de las que se sabe menos, en vistas a un trabajo de recentramiento mútuo con aquello sobre lo que se cree saber más, es que sin duda quedarán muchos flancos débiles y citas incompletas. Pero así son los ensayos. En todo caso, si hablar ensayísticamente y en tangencia con la corrección no sólo ya de los estilos académicos, sino de ciertos posicionamientos políticos genera –como espero– nuevas incomodidades, confío en que ello sirva para abrir vías de intercambio y debate que, en diálogos cruzados, vayan convirtiendo indignaciones y desconciertos en lecturas analíticas más argumentadas sobre los términos de potenciales convergencias y divergencias.

Ahora bien, las incomodidades y riesgos a los que me voy a aventurar aquí abrevan en varias ideas ajenas que me resultan tan fértiles como movilizadoras, y que oficiarán de brújulas que marcan ciertos nortes para que algunas osadías no pierdan rumbo. Por un lado, al “forcejear con los ángeles” (Hall 1992) procuraré dialogar con distintas teorizaciones y anudar problemas dispares desde un “eclecticismo responsable” (Grossberg 2009). Por el otro, al “desacelerar el pensamiento” (Stengers 2005) buscaré poder sentipensar (Escobar 2014) mejor los momentos que estamos atravesando, partiendo menos de un “soy donde pienso” –“se es y se siente [...] donde se piensa” (Mignolo 2010, 47)–, que de un “soy donde (a cada momento) enredadamente siento”, y me pongo a pensar con otros desde ahí. No apunto con ello solamente a cuestionar el logocentrismo de la ciencia y la modernidad, sino apoyarme en un reconocimiento fenomenológico existencial: es cuando/porque siento algo, que me pongo a pensarlo, a menudo con otros, y no al revés.¹ Si

¹ Como mis propósitos son mucho más terrenales, no sé aún muy bien si esto opera exactamente en la misma dirección que lo estético epistémico, tal como lo redefine Mignolo (2019, 18) años después, esto es, en tanto anudamiento de fenómenos relacionados con el saber y el sentir para trascender la distinción heredada de Aristóteles entre metafísica y poética, y que Mignolo busca decolonizar desde los conceptos redefinidos de *gnoseología* y *aesthesis*. Pero de acuerdo con Mignolo (*Ibid.*, 31) en

tratara de formularlo desde campos en los que soy igualmente lego, sería transformar –tal vez complementar– el hecho ontológico de la existencia (el *dasein* de Heidegger) e incluso el ser-con-otros-en-el-mundo –un *mitsein* tal como es reapropiado por Jean-Luc Nancy (cit. en Critchley 1999)– en un tratar de sentir-con-otros-a-los-mundos.²

Desde las desprolijidades entonces de un sentir activado desde muchas y muy distintas problemáticas, con extensas bibliografías de tratamiento cada una de ellas, me tomo en este ensayo la libertad de vibrarlas sin dar cuenta de todos los debates y autores involucrados en su análisis, sino usándolas centralmente para desplegar en cuatro partes los puntos que me interesa retomar de esas discusiones. Identifico así primero lo que parecen ser tres crisis globales tan novedosas como sorprendentes de nuestra contemporaneidad. Busco luego ver cómo y desde dónde repensar la idea de crisis y los desconciertos que ésta por definición nos provoca. En una tercera parte, encarno esas reflexiones desde lo que les aporta aprender del recorrido de las demandas indígenas. Abrevando en esta retaguardia, que es la que desde hace mucho me ha permitido y estimulado a sentipensar globalmente, retomo la pregunta convocante que guía este texto, dejando claro que, más que respuestas normativas, me interesa identificar algunas condiciones de posibilidad para imaginar escenarios que nos permitan vivir como iguales en y contra un mundo de desigualdades múltiples.

que ese anudamiento es necesario porque “Descartes y luego la modernidad/racionalidad (en la fórmula de Quijano), bloqueó lo *aesthético* con lo racional”.

- ² Critchley sostiene que la forma en que Nancy se apropia del *mitsein* de Heidegger inaugura una ontología social que busca recuperar la banalidad de nuestras experiencias cotidianas, la cual está ausente en *El Ser y el Tiempo*. Por ello, Nancy redefine el *mitsein* como comparecer siempre con otros, como base no esencialista para la ética y la política (Critchley 1999, 58). No obstante, Critchley también señala que “Nancy saca de escena la idea del otro (de cualquier otro: humano, animal, vegetal, mineral) como una forma de mediación que podría ser constitutiva de la intersubjetividad” (*Ibid.*, 63). Como resultado, su idea de intersubjetividad se acota a relaciones de reciprocidad, igualdad y simetría, y minimiza la sorpresa, separación u opacidades que desafían continuamente todo intento de comprensión (*Ibid.*, 66). Por el contrario, mi aportación pasará por abreviar y sentipensar desde la pluralidad y multiplicidad óptica que apareja toda convivencia, donde la idea de vivencia remite a formas solidarias, inequitativas, desconcertantes pero siempre afectivas de experimentar coexistencias que inevitablemente nos modifican.